

RESEÑAS

Josep-Ignasi SARANYANA: *Teología profética americana. Diez estudios sobre la evangelización fundante*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1991, 272 pp., ISBN 84-313-1151-7.

Advierte el autor en la "Presentación", que el título elegido quizá sea polémico, pero que lo ha considerado expresivo de su intención de participar en los debates promovidos por historiadores y teólogos, en torno del carácter revolucionario o tradicional de los planteamientos eclesiológicos imperantes durante los primeros años de la evangelización americana. Subraya la necesidad de llevar la discusión a un ámbito estrictamente académico y propone la delimitación del espacio cronológico y geográfico, dentro de las regiones evangelizadas entre 1511 y 1585, es decir, entre el sermón de Montesinos y la celebración del Tercer Concilio Provincial Mexicano.

Aunque el subtítulo del libro (que no aparece en la portada) aclara un poco el contenido de la obra, no deja de ser desorientador, hasta el punto de que muchos historiadores podrán pasar por alto esta importante investigación, rica en sugerencias y sólida en la revisión de fuentes primarias de carácter dogmático y didáctico. Parecería tratarse exclusivamente de temas teológicos, cuando en realidad se plantean cuestiones relativas a la instauración de patrones de conducta que interesan a todos los estudiosos de la época colonial. Por otra parte, la referencia a todo el continente americano apenas se justifica por las 40 páginas dedicadas a la evangelización de Perú y de Nueva Granada en la tercera parte del volumen, y otras 10 o 12 intercaladas en el capítulo III. La mayor parte del trabajo se refiere a la Nueva España y son los teólogos novohispa-

nos quienes se mencionan como representantes de las posiciones profética y académica.

Esta *Teología profética* es, por lo tanto, un sólido y complejo trabajo de investigación, cuyo valor como indagación testimonial y como interpretación de mentalidades no desmerece, pese a ocasionales comentarios de tinte polémico sobre la cuestión de si la teología de la liberación podría justificarse por una tradición teológica “revolucionaria” de la llamada etapa fundacional de la Iglesia americana.

Este ánimo polémico debilita a veces las conclusiones de un estudio que debe apreciarse más por lo que aporta como investigación que por la voluntad de reforzar las posiciones más conservadoras de la Iglesia latinoamericana proporcionándole un soporte histórico. Hablar de la “resurrección del lascasianismo” y calificarlo de “maniqueísmo de nuevo cuño” (p. 77), es algo que queda al margen de la investigación histórica, y a lo que no debemos prestar atención cuando leemos el libro con ese ánimo estrictamente académico que el autor recomienda. Precisamente unas líneas antes de consignarse este juicio de valor, se establece una afirmación de gran importancia, como es la de que tal polémica esconde un debate teológico de gran envergadura, y no sólo teórico, sino práctico y pastoral. Esto es algo que quienes no somos expertos en el conocimiento teológico ya habíamos sentido y que ahora encontramos aclarado en muchos puntos del libro de Saranyana.

El libro se divide en tres partes y un epílogo. La primera, “Los presupuestos doctrinales”, parte de la exposición de los contenidos teológicos del joaquinismo bajomedieval y de su supuesta influencia en la Nueva España. Muy atinadamente califica el autor de simplificación excesiva la interpretación de Phelan y M. Bataillon, a quienes han secundado G. Baudot y otros autores, de que los primeros frailes franciscanos estaban imbuidos del espíritu milenarista. En una revisión historiográfica reciente se había planteado la misma crítica,¹ que ahora queda reforzada con el concienzudo análisis de Saranyana. El texto de las “Instrucciones” recibidas por fray Martín de Valencia le da pie para desarrollar su argumentación.

Otros dos textos representativos de actitudes dispares, el “Confesionario” de Las Casas y la carta de Motohnía al Emperador,

¹ Elsa Cecilia FROST, “¿Milenarismo mitigado o imaginario?”, en *Memorias del Simposio de historiografía mexicanista*. México: Comité Internacional de Ciencias Históricas-Instituto de Investigaciones Históricas, 1990, pp. 73-85.

fesionario” de Las Casas y la carta de Motolinía al Emperador, sirven de contrapunto para la comprensión de lo que significó, desde el punto de vista teológico, la existencia simultánea de dos diferentes formas de entender la conquista y de promover la evangelización. El capítulo III tiene como protagonistas a los religiosos y profesores de la Real Universidad de México, Alonso de la Veracruz, agustino, y Bartolomé de Ledesma y Pedro de Pravia, ambos dominicos. Como ejemplo es más que suficiente, aunque habría sido interesante encontrar un estudio comparativo de la obra del franciscano fray Juan Focher, sólidamente formado en la teología escolástica, en la Universidad de París, predicador infatigable y trabajador en la práctica cotidiana de administrar los sacramentos a los indígenas recién incorporados a la fe cristiana. También podríamos sugerir, como estudio complementario, que acaso enriqueciera nuestra visión del tema, una revisión de la pastoral desarrollada por don Vasco de Quiroga, cuya exposición teórica se encuentra en la obra de Cristóbal de Cabrera. El problema de la coacción para la instauración de la fe merecería un cuidadoso análisis.²

En esta parte culmina la discusión entre teología profética y académica. El supuesto antagonismo entre la práctica pastoral y las disertaciones académicas se resuelve en la afirmación de la unidad del quehacer teológico. Así resulta que el dictamen del teólogo viene a confirmar la apreciación de los historiadores en cuanto a la importancia de la realidad americana como renovadora del pensamiento académico occidental. Afirmar Saranyana que no hubo proféticos ni académicos puros, que es apreciable la mutua influencia entre ambas formas de interpretar la teología, con mayor peso de la práctica evangelizadora sobre la elaboración teórica, y, por último, que los problemas del nuevo mundo impusieron la necesidad de crear una “particular manera de presentar la Revelación, lo que dio lugar a una teología genuinamente americana” (p. 112).

Las páginas relativas a la evangelización de las Antillas proporcionan una interesante visión de la forma en que los predicadores de los primeros tiempos soslayaron la cuestión de las creencias

² El tema ya ha sido esbozado por el jesuita Ernest Burrus en la ponencia “Humanismo en la evangelización del indígena según Cristóbal de Cabrera”, en *Humanismo y ciencia en la formación de México. V Coloquio de Antropología e Historia regionales*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1984, pp. 39-66.

prehispánicas de la población isleña. Se impone recordar la interpretación de Serge Gruzinski en cuanto a que los "cemíes", no eran propiamente ídolos, sino "cosas" veneradas y dotadas de virtudes mágicas y terapéuticas,³ objetos propiciatorios y destinados al culto, a la vez que receptáculo del aliento vital de los antepasados. De ahí el sentido práctico del texto del fraile jerónimo Ramón Pané y del catecismo de fray Pedro de Córdoba, que luego se emplearía en la Nueva España. Josep-Ignasi Saranyana aprecia en ambos textos la frescura y el rigor teológico que serían fundamentales para lograr la aceptación por parte de los indígenas de aquellas abstrusas construcciones dogmáticas que con frecuencia confundían incluso a los cristianos viejos.

La importancia de la doctrina de fray Pedro de Córdoba justifica sobradamente el análisis de su contenido, pero nos deja pendiente la pregunta de ¿cuáles fueron sus semejanzas y diferencias con otros textos catequísticos empleados igualmente en la Nueva España. No se trataría de repetir un catálogo de catecismos novohispanos,⁴ sino de seleccionar aquellos que fueron más representativos, que aportaron alguna novedad o que se usaron en forma masiva? En este terreno habría que tener en cuenta la obra de fray Pedro de Gante, el *Manual de adultos* y el catecismo de Gutierre González Doncel, que don Vasco de Quiroga destinó a la instrucción de las comunidades de los hospitales-pueblo de Santa Fe. La importancia de este catecismo pretridentino todavía no se ha resaltado debidamente.

Los artículos relativos a los cristianos ante la muerte y a la identidad sacerdotal, dan ocasión para mostrar algunos aspectos de la obra de fray Juan de Zumárraga. Finalmente, el capítulo VII de la segunda parte, acerca de la vida cotidiana en la Nueva España, reúne temas relativos a la vida familiar, económica y social de la Nueva España en el siglo XVI. Se trata, desde luego, de superficiales acercamientos, en los que no se dispone de elementos para mostrar cómo era realmente la sociedad novohispana, pero en donde se pone de manifiesto la coherencia del discurso religioso y su capacidad de penetración en los hábitos cotidianos y aun en la conciencia de los nuevos cristianos.

La tercera y última parte, mucho más breve que las anteriores,

³ Serge GRUZINSKI: *La guerre des images*. París: Fayard, 1990.

⁴ Algo se ha hecho a este respecto en los trabajos presentados al *Segundo Encuentro Nacional de la Sociedad de Historia Eclesiástica Mexicana*. Guajuato: Imprenta Lumen, 1979.

se dedica a analizar algunos documentos destinados a la catequesis en la Nueva Granada y en Perú. Para quienes tanto desconocemos de lo sucedido fuera del virreinato de la Nueva España es interesante esta aproximación, que nos sugiere el interés de posibles comparaciones.

La lectura de la *Teología profética americana*, nos deja la satisfacción de apreciar hasta qué punto el acercamiento de los teólogos al estudio de nuestra historia puede significar una aportación teórica, que enriquece nuestra comprensión de la vida colonial, sin afanes de justificación a ultranza y con el debido respeto a las exigencias del trabajo de investigación histórica.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

David WALKER. *Parentescos, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867*. México: Alianza Editorial, «Raíces y razones», 1991.

La lente microhistórica del comportamiento de una familia en particular, con especial énfasis en el parentesco y los negocios, permite mirar el devenir nacional de una manera distinta, pues amplifica las apretadas redes familiares y sociales y sus nexos con distintos personajes gubernamentales. Desde esta perspectiva, la historia nacional adquiere otros caracteres, nuevas dimensiones, que el autor pone al descubierto. Las intrigas y pugnas de la élite económica, expresadas en nombres y apellidos concretos, por controlar el aparato de gobierno a fin de manipularlo en beneficio propio, dan una visión renovada y distinta de lo que fueron las luchas entre liberales y conservadores, que erizaron de guerras y levantamientos los dos primeros tercios del siglo pasado mexicano. Así, la guerra de reforma no sólo se presenta en esta obra como el escenario bélico de un enfrentamiento ideológico y de distintos proyectos del país, sino que los empresarios con sus diversos intereses se convierten en actores privilegiados de esta trama.

La revisión acuciosa y amplia de numerosas fuentes archivísticas, hemerográficas y bibliográficas, aunadas al afán de interpretar los materiales y dotarlos de significado, dieron como resultado una magnífica obra en la que se manejan atinadamente dos dimensiones que se entrecruzan y retroalimentan: la familiar y la nacional.